

**Entre camaleones y cristalizados.  
Los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930\***

Andreas L. Doeswijk\*\*

*¿Por qué será que los hombres luchan por  
su esclavitud como si fuera su libertad?*  
Baruch Espinoza

En diciembre de 1998, defendí en el Departamento de Historia de la Universidad Estatal de Campinas -UNICAMP, Brasil- y bajo la dirección del Dr. Michael McDonald Hall, esta tesis de doctorado en historia social del trabajo. Se trata de un tema inédito que reconstruye las experiencias de un grupo de anarquistas que no sólo se vio seducido por la Revolución Rusa, sino que intentó crear un proyecto y una identidad sociales que relacionara elementos libertarios y marxistas para hacer la revolución social en el Río de la Plata.

La historiografía -casi escribo "hagiografía"- tradicional sobre el movimiento obrero describe a sujetos sociales definidos más por sus ideologías e instituciones que por sus prácticas. Socialistas, anarquistas, sindicalistas y comunistas tuvieron a sus respectivos cronistas: Jacinto Oddone, Diego Abad de Santillán, Sebastián Marotta y Rubens Iscaro, respectivamente, para citar sólo a los primeros. Cada una de estas crónicas "ideocéntricas" refleja la división del movimiento obrero regional durante los años '20 y '30.

A partir de los años '70 y '80, tanto desde el exilio como en la primavera democrática que le sucedió, hubo un breve *revival* de la historia social del trabajo, oleada que perdió su ímpetu ante la avalancha de la historiografía cultural de lo cotidiano, de la nueva historia política y ante el sectarismo de los cenáculos que se atribuyeron la propiedad privada de la historia social. Hoy, en la Argentina, como en otros países, las tendencias historiográficas dominantes enfatizan problemáticas como formación de la nación/estado nacional, la construcción de la ciudadanía o las diferentes manifestaciones culturales en los sectores populares.

Dada la situación imperante, escribir en plena década del '90 sobre sindicatos, clases sociales, resistencias populares y proyectos sociales utópicos, significa pagar el tributo por ir a contrapelo de las modas académicas. Ahora bien, sin desconocer la enorme contribución que significó la introducción de los niveles simbólicos en la materia histórica e historiográfica -y es más, utilizando esos nuevos aportes-, cabe lamentar la creciente pérdida de prestigio de la reconstrucción de la historia de los sectores de la izquierda en la región y la devaluación progresiva del concepto "experiencia" en favor de "representaciones" u otros términos análogos, valiosos en sí, pero utilizados en forma excluyente. Si

\* Tesis de Doctorado en Historia Social del Trabajo, bajo la orientación del Dr. Michael McDonald Hall, Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP), Brasil, diciembre de 1998.

\*\* Profesor regular en Historia de América, orientación siglos XIX y XX, en el Departamento de Historia de la Universidad Nacional del COMAHUE, sede Neuquén.

exceptuamos a un pequeño grupo de autores, el sector hegemónico de la historiografía nacional no se interesa más por la clase trabajadora y sus organizaciones específicas y dejó de lado la teoría marxista sin siquiera debatir la posible crisis de esa misma perspectiva.

Volviendo al tema que nos ocupa, me llamó la atención que en las crónicas sociales del período hubiera un naípe que se había caído al suelo: la historia de los anarco-bolcheviques. Referencias ambiguas aludían a ellos pero ni los autores más próximos a la historiografía social de la década del '20 sabían bien de qué (o quiénes) se trataba.

En el Río de la Plata, el movimiento libertario, desde el mismo año 1917, adhirió en su totalidad a la causa de la *revolución comprobada* y sólo a comienzos de 1919 algunos intelectuales como Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antillí, Fernando del Intento o Lorenzo Tato, comenzaron a cuestionarla como un movimiento político y totalitario, siendo seguidos por las bases de la FORA y *La Protesta*, recién a partir de mediados de 1921 y por algunos sectores de la Unión Sindical Argentina, sólo a partir de 1924. Entre noviembre de 1918 y fines de 1921, nos encontramos con un período que hemos denominado el Trienio Rojo Rioplatense. En la historiografía social, se conoce razonablemente los acontecimientos de la Semana de Enero de 1919 por los trabajos de Rock, Godio, Bilsky, Adelman, Horowitz y Laforcade y los llamados Sucesos de Santa Cruz de 1920 y 1921, por la investigación de Osvaldo Bayer. Sin embargo, estos dos acontecimientos se mencionan en los trabajos de carácter más general como hechos aislados, sin que se perciba la continuidad del ambiente de rebeldía, manifestado en los discursos y en las prácticas durante todo el Trienio. La enorme cantidad de publicaciones libertarias de la época y el crecimiento significativo -al menos para los padrones de la época- de los afiliados a la FORA anarquista, la FORA sindicalista y a los gremios autónomos, indican que Enero de 1919 y la Patagonia Trágica no fueron *eclosiones caóticas del pueblo*, sino acontecimientos situados en un proceso social al cual la clase dominante, el Estado y las Fuerzas Armadas sólo pudieron dominar a fines de 1921, mediante algunas concesiones y mucha represión.

Al contrario de lo que refleja una cierta historiografía marxista, fue entre los anarquistas rioplatenses que la Revolución Rusa tuvo su impacto mayor. Hasta comienzos de 1919, el movimiento libertario en pleno consideró que el movimiento maximalista fue protagonizado por una confluencia de las izquierdas socialistas, anarquistas y social-revolucionarias y, cuando el panorama se esclareció, se comenzó a construir la teoría de la Tercera Revolución, la libertaria, a la que se llegaría pasando del reino de la necesidad al de la libertad. Ahora bien, entre las diferentes agrupaciones de anarquistas simpatizantes del "hecho ruso", se destacaba la que, en abril de 1919, editaba el diario *Bandera Roja*, en la que actuaban, mancomunadamente, el grupo editor de *La Rebelión* de Rosario y agrupaciones de anarco-sindicalistas de Buenos Aires.

Como intenta plantear mi tesis, a partir de 1921, el problema de los anarco-bolcheviques consistió en perfilarse frente al mundo del trabajo como diferentes de los anarquistas -atrincherados en una nueva ortodoxia, ahora anti-comunista-, y de los comunistas, que obedecían las consignas de la III Internacional. En realidad, fueron los *protestistas* de Abad de Santillán y Emilio López Arango quienes les endilgaron el nombre de "anarco-bolcheviques", ya que ellos se denominaban a sí mismos anarquistas revisionistas, nuevos, construccionistas, orgánicos, aliancistas y, es claro, revolucionarios.

No hay duda de que a través de sus publicaciones<sup>22</sup>, los anarco-bolcheviques fueron construyendo un proyecto revolucionario utópico, en el cual intentaron combinar una base y una meta anarquistas, rechazando el nivel de la acción política, con elementos nuevos tomados de los bolcheviques y de los sindicalistas-revolucionarios, elementos como la teoría de la dictadura del proletariado o la teoría sindicalista del embrión, que sostenía que en la vida gremial y en el espacio laboral podía comenzar a gestarse la nueva sociedad.

Postulo en mi trabajo que los anarco-bolcheviques rioplatenses se convirtieron en los protagonistas sociales que con más ahínco pretendieron realizar la "revolución como en Rusia" y, en este sentido, cuestionaban la ilusión de que la sociedad argentina y la uruguaya era inamovibles. Pero si combatían esa ilusión, no eran inmunes al canto de sirena de otras. Creían realmente que podrían llegar a realizar su proyecto tal como lo habían pensado primero. Tratándose de un movimiento que, después de 1921, no consiguió echar raíces fuera de unos reductos sindicales relativamente pequeños y de una treintena de grupos de afinidad, de más está decir que no llegaron a confrontar su proyecto con la realidad. Se trata, entonces, de un proyecto fracasado pero que merece ser historiado e interpretado.

Es importante destacar que los anarco-bolcheviques no solamente publicaron periódicos, folletos o libros, sino que participaron activamente en la vida obrera de la región. Lideraron movimientos como el del Verano Rojo del '19 al '20, en el sur de la provincia de Buenos Aires, y la Huelga de las Bombas, en 1920, para liberar a los presos sociales. Fueron los principales activistas para realizar la unión entre anarquistas, sindicalistas y autónomos con la fundación de la Unión Sindical Argentina en 1922. Fundaron, en 1923, una Federación de Grupos de Afinidad -la Alianza Libertaria Argentina- antecedente de la Federación Anarquista Ibérica (1927) y de la Federación Libertaria Argentina (1935). Se preocuparon por la cuestión agraria -con sus intentos de organizar federaciones de arrendatarios alternativas a la Federación Agraria Argentina de Rosario- y, por último, fueron protagonistas -junto a sectores de sindicalistas- de una lucha típicamente obrerista, la de la conquista del dominio sobre el espacio laboral, mediante el establecimiento del *closed shop* en los puertos de Buenos Aires, Montevideo y Asunción; en las canteras argentinas, en las uruguayas y en las del sur de Brasil. Tanto la lucha sindical mencionada en último término como la revolucionaria tenían una dimensión utópica notable.

Finalmente, el movimiento se deslizó hacia un fracaso doble: por un lado, fue desapareciendo frente a un movimiento obrero nacional, pragmático y politizado. Su otra derrota fue a nivel de la memoria colectiva. Como ya lo expresé, al contrario de todas las otras tendencias sociales que protagonizaron el movimiento obrero y popular anterior a 1930, los anarco-bolcheviques no tuvieron su cronista o historiador que rescatara su legado de experiencias del piadoso manto de olvido que inclusive sus propios protagonistas tendieron sobre su historia.

Se trataba de un movimiento cuyo discurso y cuyas prácticas no encontraron eco en el imaginario social. Fracasaron en la década del '20 y el Golpe del '30 significó su certificado de defunción. Entre los "cristalizados" -es decir, los anarquistas que crearon una nueva ortodoxia, esta vez anti-clasista- y los "camaleones" -los sindicalistas creciente-

<sup>22</sup> *Bandera Roja*, 1919, *El Trabajo* 1921-22, *El Libertario*, 1923-30 y *La Rebelión*, 1924-25 -todas ellas de Buenos Aires-, *La Batalla* de Montevideo, 1919-24 y el *El Comunista*, de Rosario, 1920-21, entre otras publicaciones.

mente pragmáticos y reformistas-, no conquistaron su espacio social propio. Para los anarquistas eran bolcheviques y para los comunistas, libertarios. Pero lucharon por un mundo nuevo y ese mundo nuevo en algún momento llegó pero no se parecía mucho a aquel construido por su utopía. Algunos de los anarco-bolcheviques -como el mapuche neuquino Hermenegildo Rosales o el médico santafesino Juan Lazarte- volvieron a las prácticas libertarias; unos pocos -como Julio Barcos- entraron al radicalismo; muy pocos -como Marcos Kaner o Elías Castelnuevo- al partido comunista, y la mayoría se replegó a las comodidades de la vida privada. Pero quizás la mayor lección que nos deja esta historia es que el arraigo de las ideas y las prácticas libertarias en el Río de la Plata, no permitió que emergiera en la región un partido de masas, autoritario y de izquierda.

Sólo un comentario sobre las fuentes: encontré documentación en la Federación Libertaria Argentina, en la Biblioteca Nacional, en la Juan B. Justo y en el Archivo Leuenroth de UNICAMP, Campinas. Pero el grueso de la documentación se encuentra en el Instituto de Historia Social de Amsterdam, es decir, en el Acervo Max Nettlau del mismo. Allí, se encuentran también los manuscritos inéditos con las anotaciones del ilustre historiador vienés, sobre todo tipo de publicación libertaria del Río de la Plata que le enviaban desde aquí. El propio I. H. S. fue creado para salvar la memoria de la izquierda de las garras del franquismo, del fascismo, del nazismo y, en última instancia, del olvido. Cuando los alemanes, en 1940, clausuraron el Instituto, lo catalogaron como un baluarte judío-bolchevique. Lo cerraron pero pusieron a dos intelectuales, posiblemente inútiles para la guerra, a catalogar la inmensa documentación de la social-democracia alemana, del populismo ruso y del anarquismo español y latinoamericano. Eran nazis pero alemanes al fin.

A seis años de la defensa de esta tesis, considero que su importancia es menor de lo que creía en el momento de tomar contacto con las fuentes primarias. Metafóricamente afirmé que la historia de los anarco-bolcheviques se asemeja a un naipe que cayó al suelo. Resulta que el naipe no es de los más importantes, pero sin él, el juego de barajas resulta incompleto. Si tomamos, por ejemplo, la historia de la Unión Sindical Argentina en la década del '20, resulta incomprensible cómo los sindicalistas sensatos pudieran promulgar declaraciones tan radicalizadas que remitían más al discurso anarco-sindicalista que al sindicalismo descrito por los Marotta.

No se puede entender cabalmente la historia social argentina de la época, sin reconocer que, entre la Semana Trágica y las Huelgas de la Patagonia, la región se confrontó con un Trienio en que grupos de militantes -minoritarios sin duda, pero beligerantes- rechazaron la aceptación de la situación social como hecho incuestionable, y quisieron realizar una utopía igualitaria, apoyada en su tradición libertaria y con los ingredientes nuevos aportados por la Revolución que dejó profundas huellas en la historia del siglo XX.